

**Revista de espiritualidad, información
y promoción Eucarística.**



AGOSTO
2024 - Nº181

Adoradores





Desde toda la eternidad:

Jesús me ama con un amor de ternura... se hace víctima de amor, pan y alimento, soy el fin sus dones y gracias... Pag 10 y 11



Pensar en Jesús

¿En qué, en quién pienso de modo habitual? ¿Se dirige mi pensamiento como naturalmente hacia Jesús?

Pag 14 y 15



Precursor del reino eucarístico:

San Pedro J. Eymard, además de fundar congregaciones religiosas para la adoración perpetua, escribió numerosas obras eucarísticas.

Pag 20 y 21

Staff:

Director: pbro. lic. Mauro Carolosi co. Redacción: lic. María Inés Gómez Serra / Diseño: lic. Agustín Barbaglia/ Adquiera esta publicación por la red de **Cristo Hoy** o administracion@crisohoy.org // Algunas de las obras reproducidas en esta edición pueden estar eventualmente inscriptas en el registro nacional de la propiedad intelectual. Por informaciones al respecto dirigirse a Castro Barros 110, CP 4000 - San Miguel de Tucumán o llamar al tel: (54) 0381-4331151.



El tránsito de María al Cielo

María fue elevada a la gloria celestial con toda su persona.

En esta solemnidad de la Asunción de la Virgen contemplamos el misterio del tránsito de María de este mundo al Paraíso: podríamos decir que celebramos su “pascua”. Como Cristo resucitó de entre los muertos con su cuerpo glorioso y subió al cielo, así también la Virgen santísima, a él asociada plenamente, fue elevada a la gloria celestial con toda su persona. También en esto la Madre siguió más de cerca a su Hijo y nos precedió a todos nosotros. Junto a Jesús, nuevo Adán, que es la “primicia” de los resucitados (cf. 1 Co 15,20.23), la Virgen, nueva Eva, aparece como “figura y primicia de la Iglesia” (Prefacio), “señal de esperanza cierta” para todos los cristianos en la peregrinación terrena (cf. *Lumen gentium*, 68).

La fiesta de la Asunción de la Virgen María, tan arraigada en la tradición popular, constituye para todos los creyentes una ocasión propicia para meditar sobre el sentido verdadero y sobre el valor de la existencia humana en la perspectiva de la eternidad. Queridos hermanos y hermanas, el cielo es nuestra morada definitiva. Desde allí María, con su ejemplo, nos anima a aceptar la voluntad de Dios, a no dejarnos seducir por las sugerencias falaces de todo lo que es efímero y pasajero, a no ceder ante las tentaciones del egoísmo y del mal que apagan en el corazón la alegría de la vida. (*L’Osservatore Romano*/ Benedicto XVI/ Adaptación)





Al iniciar la adoración

Esquema para una hora de adoración:

- 15 minutos iniciales de todas las semanas: Pp. 4 y 5
- 30 minutos de meditación: 1. Pp. 8-9; 2. Pp. 10-11;
3. Pp. 12-13; y 4. Pp. 14-15
- 15 minutos finales de todas las semanas: Pp. 6 y 7



Comencemos entrando en su presencia y adorando.

No te olvides: Jesús en la Eucaristía no es un “pan bendecido”; su presencia no depende de nuestra fe y no es una presencia simbólica, sino real y substancial.

Por lo tanto, a Dios Hijo encarnado y presente en el santo sacramento del altar, dirigimos nuestros actos de adoración:

Vengo, Jesús mío, a visitarte y a gozar de tu presencia.

Te adoro en el sacramento de tu amor.

Te ofrezco principalmente las adoraciones de tu santa Madre, de san Juan, tu discípulo amado y de las almas más enamoradas de la Eucaristía.

Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo. (Reflexionemos cinco minutos).

Delante de Jesús Eucaristía, vivimos nuestra fe.

No te olvides: “Tener fe es creer en lo que no se ve”. No vemos a Jesús visible,



pero creemos, por la fe de la Iglesia, que Jesús está en la Eucaristía con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. Reafirmemos nuestra fe diciendo:

Creo, Jesús mío, que eres el Hijo de Dios vivo que has venido a salvarnos.

Creo que estás presente en el augustísimo sacramento del altar.

Creo que has de permanecer con nosotros hasta que se acabe el mundo.

Creo que bendices y que atiendes los ruegos de tus adoradores. (Reflexionemos cinco minutos.)

La esperanza y el amor brotan de la fe

La esperanza cristiana se funda en la posibilidad de ir al Cielo, es decir, a la comunión de vida y de amor con las Tres Personas de la Trinidad, por la eternidad. Jesucristo fue quien, con su sacrificio en cruz, nos abrió las puertas del Cielo, nos dio la esperanza de la vida eterna, haciendo aparecer en el horizonte de nuestra existencia la posibilidad de la eternidad. La Eucaristía es un signo visible de esa esperanza porque el Dios, que dio la vida por nosotros en la cruz para llevarnos al Cielo, está en la hostia consagrada, alimentando nuestra esperanza, concediéndonos fuerzas y ánimo para llegar a la perfección de la vida cristiana, la salvación eterna. (Reflexionemos cinco minutos.)

Actos de contrición

No te olvides: la contrición del corazón es el acto de arrepentimiento perfecto, porque es salvífico.

Delante de Jesús Eucaristía hacemos actos de contrición:

¡Jesús mío, misericordia!

Jesús mío, te pido perdón por los muchos pecados que he cometido durante mi vida.

Por los de mi niñez y adolescencia.

Por los de mi juventud.

Por los de mi edad adulta.

Por los que conozco y no conozco.

Madre mía, intercede por mí ante tu divino Hijo Jesús.

¡Dulce Corazón de María, sé mi salvación!

Imploramos al Dios de la Eucaristía

Señor, que tu Reino venga a nosotros, que tu misericordia se derrame como un océano de amor infinito, como la luz brillante que esparce el sol en cenit sobre las almas de todos los hombres de todos los tiempos. Te suplicamos, Jesús Eucaristía, que tengas piedad y misericordia de nosotros, de nuestros seres queridos y de toda la humanidad, y danos la garantía de que somos escuchados en tu presencia eucarística, y alcánzanos el don de tu madre, la Virgen María, que sea como madre nuestra. A ella, Nuestra Señora de la Eucaristía, le pedimos que te alcance nuestros ruegos y los guarde en tu corazón.



ADORADORES

Al culminar la adoración

Actos de amor

“Después de la meditación, nuestra alma se enciende con los mismos sentimientos de Cristo, cuyo Sagrado Corazón Eucarístico es horno ardiente de caridad y nos permite hacer actos de amor:

Te amo, Jesús mío, como a nadie.

Porque Tú me has amado infinitamente.

Porque Tú me has amado desde la eternidad.

Porque Tú has muerto para salvarme.

Porque Tú me has hecho participante de tu divinidad y quieres que lo sea de tu gloria.

Porque Tú te entregas del todo a mí en la comunión.

Porque Tú estás siempre por mi amor en la Santa Eucaristía.

Porque Tú eres mi mayor amigo.

Porque Tú me llenas de tus dones.

Porque Tú me has enseñado que Dios es Padre que me ama mucho.

Porque Tú me has dado por madre a tu misma Madre.

¡Dulce Corazón de Jesús, haz que te ame cada día más y más!

Te amo y te digo con aquel tu siervo:

¡Oh Jesús, yo me entrego a Ti para unirme al amor eterno, inmenso e infinito que tienes a tu Padre celestial!

¡Oh Padre adorable! Te ofrezco el amor eterno, inmenso e infinito de tu amado Hijo Jesús, como mío que es. Te amo cuando tu Hijo te ama”. (S. Juan Eudes).

Damos gracias a Dios por sus inmensos dones para nosotros, que comien-

zan con la creación de nuestro ser, continúan luego con el don de la adopción filial y siguen con el “don inestimable” de su Hijo en la Eucaristía. Por todo esto, agradecemos a Dios también por lo que es él en sí mismo, Bondad, Misericordia y Amor infinitos, atributos todos que resplandecen en su presencia sacramental.

Actos de gratitud

Oh Jesús, te doy rendidas gracias por los beneficios que me has dado. Padre Celestial, te los agradezco por tu Santísimo Hijo Jesús. Espíritu Santo que me inspiras estos sentimientos, a ti sea dado todo honor y toda gloria.

Jesús mío, te doy gracias sobre todo por haberme redimido.

Por haberme hecho cristiano mediante el Bautismo, cuyas promesas renuevo.

Por haberme dado por madre a tu misma Madre.

Por haberme dado por protector a san José, tu padre adoptivo.

Por haberme dado al ángel de mi guarda.

Por haberme conservado hasta ahora la vida para hacer penitencia.

Por tener estos deseos de amarte y de vivir y morir en tu gracia.



Oración final

Jesús mío, dame tu bendición antes de salir, y que el recuerdo de esta visita que acabo de hacerte, persevere en mi memoria y me anime a amarte más y más. Haz que cuando vuelva a visitarte, vuelva más santo. Aquí te dejo mi corazón para que te adore constantemente y lo hagas más agradable a tus divinos ojos. Adiós, adiós, Jesús mío.

Virgine

A



Trabajó por convertirme

Continuamos con las reflexiones de San Pedro Julián Eymard.

“Dios me ha perdonado tan pronto como me ha visto postrado a sus pies, y sin condición alguna”.

Dios ha trabajado, con una paciencia admirable, por convertirme.

¡Ay! ¿Cómo ha podido Dios sufrir con tanta paciencia mis repulsas o mis tardanzas en rendirme a la gracia? ¿Qué padre hay o qué madre, cuya paciencia no se agote con semejante conducta? Sí; Dios ha sido tan paciente como bueno conmigo.

Me ha vuelto hacia sí mostrándome la vanidad de las criaturas y haciendo que viera por experiencia que sólo Él es bueno, y siempre bueno.

Dándome a gustar el bien inefable que es Él mismo, ha hecho que palpe lo caducos y vacíos que son los bienes y placeres envolviéndolos en hastío y amargura. Para que mis ojos se abrieran a su verdad y a su gracia, ha agitado y

conmovido todo en torno mío: quería que fuera todo para Él y sólo para Él.

Y además, ¿cómo apreciar todas esas gracias interiores por medio de las cuales insensiblemente me quitaba el apego a las cosas del mundo y a mí mismo, aficionándome dulce y fuertemente a su amor? ¡Cuántas inspiraciones, no por suaves menos fuertes, venían a conmovir mi alma! ¡Cuántos sentimientos de confianza y de temor me impulsaban a rendirme a discreción: el cielo y el infierno, el pesebre y el calvario, Nazaret y el cenáculo!

¿Cómo he podido, oh Dios mío, resistir por tanto tiempo sin entregarme a Tí por completo? ¿Qué perdía perdiéndolo todo por ganarte? ¿Qué cosa preciosa o de gran valor te daba en pa-



go que pudiera compararse con tu gracia y amor?

¡Oh Dios mío, por qué te habré amado tan poco y tan tarde!

Un Dios misericordioso

Dios me ha perdonado, pero con tanto amor, que debería llorar siempre de puro agradecimiento.

Dios me ha perdonado tan pronto como me ha visto postrado a sus pies, y sin condición alguna.

Apenas si, como al hijo pródigo, me ha dejado la confusión de tener que confesarle mis faltas; mayor era el placer de este buen Padre en perdonarme que su paciencia en dejarme que le pidiera perdón.

Me ha concedido igual gracia que a Magdalena, a la que perdona y toma bajo su protección tan pronto como la ve a sus pies.

¡Oh qué bueno ha sido Dios para conmigo! No me ha hecho esperar el perdón como yo había hecho esperar a su bondad. Para darme la gracia no ha puesto más condiciones que la de amarle y de no pecar más, lo mismo que para san Pedro en otro tiempo.

Y sin embargo, ¡cuán enorme era mi deuda para con su justicia! ¡Qué herida más ancha y profunda la que mi ingratitude debió abrir en su corazón!

¡Oh, no! Por lo mismo que Dios me ha perdonado tan divina y generosamente, yo no debo perdonarme; no es posible que me perdone el haber ofendido a un Padre tan bueno. Cual otro Pedro, lloraré de amor por haber hecho llorar de dolor y tristeza a mi buen Jesús.

Una misericordia que olvida

¡Con cuánta bondad me ha perdonado Dios y con cuánto honor me ha tratado!...

¡Es posible que la bondad de Dios haya olvidado mis faltas y mis ingratitudes hasta el punto de tratarme siempre, y de tratarme aun hoy día cual si nunca le hubiera ofendido, como a esas almas puras que conservan su túnica de inocencia, como a esas esposas de su corazón que sólo de Él y para Él han vivido!

Jesús me pone en relación con toda su corte; me asocia al apostolado de su Iglesia, al celo de sus amigos, a las virtudes de sus vírgenes, al amor de los santos; y eso a mí, indigno de ser siervo del último de los siervos; a mí, que por hartito feliz debiera tenerme de estar como el publicano a la puerta del templo, o como la cananea viviendo de las migajas dejadas por los niños...

Y con todo, pese a mi indignidad presente y a la culpabilidad pasada, tengo el honor de ser admitido a la gracia de la devoción; a la oración, alimento de almas selectas; a la vida quieta y solitaria de Nazaret, y por encima de todo a la comunión frecuente; en suma: a cuanto de bueno, santo, grande y divino hay en la tierra.

¡Pero si te equivocas, Dios mío! ¡Estas olvidando lo que he sido y lo que soy todavía!

¡Ah! ya lo veo: lo que quieres es triunfar sobre mi corazón a fuerza de amor; lo que con tu derroche de beneficios pretendes es provocar la total entrega de mi vida.



Amor de Jesucristo

Invitación a meditar la locura
con la que Jesús nos ama.

Jesucristo merece y quiere todo mi amor.

Es del todo amable, pues que en Él se encuentran todas las bellezas, bondades y perfecciones.

Si le viera un solo instante, ¡oh!, al punto se derretiría mi alma en sentimientos de admiración y de amor.

Jesús es hermoso, Jesús es bueno, Jesús es amable.

¿Quién hay que pueda comparársele?

¡Desdichado de mí! Le he comparado con una criatura, prefiriendo a ésta; me he amado a mí mismo más que a Jesús, puesto que me he convertido en fin por el amor propio.

Jesús me amó primero

Jesús me amó el primero, cuando yo no le amaba; abierto estaba su corazón sobre mí, aguardando que se despertara el mío para pedírmelo.

Él me amó desde toda la eternidad: siempre he estado presente a sus ojos; me ve y me ama; me ha preparado sus dones y me ha escogido un lugar y erigido un trono en el cielo. ¿Seré, según esto, eterno en su amor? Sí.

Por mi parte, después de tantos años de existencia, no le amo todavía; mi amor no cuenta aún años de vida, y, acaso, no llegue tampoco a un día entero. ¡Oh qué ingratitud!

Me ama personalmente

Jesús me ama personalmente lo mismo que si no tuviera en el mundo ninguno más a quien amar.

Jesús me ama con un amor de ternura cual no lo saben tener los hombres, con amor generoso que



“...el hacerse víctima de amor, pan y alimento para unirse substancialmente con la criatura, ¿no es, tratándose de Dios, una locura?”.



da como el hombre no sabe dar, con amor personal; soy el fin de sus dones y gracias y el objeto predilecto de su amor.

Soy el fin de la encarnación. Por mí personalmente, por amarme con amor divino y humano a la vez, se hizo hombre. Por mí sufrió desde el pesebre hasta el calvario. En cada uno de sus actos, sacrificios y sufrimientos me dice Jesús: Lo hago por ti, hijo mío, por manifestarte mi amor y por ganarme el tuyo.

Para mí personalmente, para ser mi víctima de propiciación y mi pan del cielo instituyó Jesucristo el sacramento perpetuo de la Eucaristía.

¡Oh es posible, Dios mío, que vuestro amor haya llegado hasta tanto! ¿Pero quién soy yo, bondadosísimo Señor mío, para ser objeto de tanto amor?...

Un amor apasionado

Jesús me ama con amor apasionado.

Se asemejó a mí, a mí tan pobre y miserable, y abraza mi estado de pobreza, trabajo y sufrimiento; quiere vivir como yo: dejó la gloria, el poder y la felicidad para hacerse pobre, débil y paciente, por ser yo todo eso.

Se hace como loco por mí, según expresión de san Agustín. El amar hasta el extremo a uno que no ama, el agotar todos los sacrificios para quien ni siquiera los ha de apreciar, el hacerse víctima de amor, pan y alimento para unirse substancialmente con la criatura, ¿no es, tratándose de Dios, una locura?

Al fijarme, Dios mío, en tu amor comprendo la encarnación y también la Eucaristía, que la extiende hasta mí;

pero comprendo también el infierno, y el infierno eterno...

Es necesario que te ame o que te odie; no puede haber término medio.

Darse a Dios por completo

Puesto que tan bueno ha sido Dios para conmigo en mi creación, redención y santificación, ¿qué voy a hacer en pago de tantos beneficios?

Sólo una cosa tengo que hacer: entregarme a Él por completo.

Es lo que Él desea, lo que quiere, lo que prefiere a todo lo demás.

Mas, ¿en qué consiste el entregarse a Dios por completo? En no ofenderle nunca de propósito deliberado.

¿Puede haber cosa más justa que el no despreciar, insultar e injuriar a quien se ama? ¿Qué cosa más natural que el evitar lo que puede desagradar o dar disgusto a la persona amada? Pues bien, Dios no detesta más que el pecado, ni prohíbe cosa alguna fuera del pecado.

¡Ah, sí, Dios mío! Te lo aseguro y prometo, ya no quiero ofenderte más, ni desobedecerte, ni preferir a Vos cosa alguna, sea la que fuere. ¿Quién, en efecto, es más grande, poderoso, santo y amable que Tú? ¿Y a quién podré comparar tu precepto, bondad y amor?

Se acabó; demasiado me pesa el haberte ofendido para volver a ofenderte. Ya puede ser que la flaqueza o la ignorancia me hagan caer en alguna falta, pero será involuntaria; de antemano la desapruero: nunca más quiero volver a ofenderte.



Servir a Dios

El autor nos propone entregarnos al servicio de Jesús y que este sea nuestro único fin.

El darse uno por completo a Dios consiste también en consagrarse enteramente a su servicio, en dejar paso al servicio de Dios sobre cualquier otro servicio.

Así, propio de esta donación es practicar ante todo la ley de Dios y de la Iglesia, honrar a Dios como a soberano Señor donde quiera y delante de cualquier criatura, no avergonzarme nunca por motivo de mi Dueño y salvador Jesús, por motivo de su Evangelio, de sus virtudes ni de su culto, sino honrarle y darle, en todas partes y en todas las cosas, pruebas de que es mi Señor y mi Dios.

Debo honrar a Jesús sobre todo en la iglesia y por medio del culto, por una fe humilde y viva, por la modestia y el respeto de la urbanidad cristiana y del amor divino. Nunca, por consiguiente, debo hablar en la iglesia sin necesidad, ni conocer a ninguno, ni atender a persona alguna que no sea mi Rey en su trono, concediéndome audiencia a mí solo.

¡Cuántas veces he faltado a este servicio soberano de Dios, a este supremo honor; no pertenecía completamente a Dios como ahora!

Darse a Dios es, finalmente, querer amarle por encima de todo, más que todo bien creado, que toda criatura racional, que todo placer de la vida; más que a sí mismo, más que el espíritu, el corazón, la voluntad y el bienestar

propios, más que la libertad del cuerpo y de los sentidos; y aún más que todo eso es amarle por encima de la salud y de la propia vida.

He ahí la naturaleza del amor soberano de Dios. Tiene la sencillez del amor de un niño; está saturado de nobleza; y sin embargo, es débil imitación del amor que Jesús me guarda.

Pues bien, así es como quiero yo amar y servir a Dios, y ser suyo por completo.

Cierto que es muy tarde, Dios mío, pero de hoy en adelante de todo corazón y para siempre soy y seré tuyo.

Consagrarse al servicio de Jesús

¿Qué haré por Jesús, que me ha amado tanto? Me pondré entera, exclusiva y perpetuamente a su servicio.

Enteramente: sin reservas ni divisiones; prescindiendo de condiciones y sin miras personales. Le serviré por amor del mismo modo que el hijo sirve al padre y a la madre; como el Ángel sirve a Dios y como María sirvió a Jesús, mi mayor recompensa será servirle y complacerle.

Exclusivamente: no quiero servir a dos señores, a Jesús y al mundo; ni tener dos leyes, el del amor de Dios y el del amor propio; ni dos fines, el cielo y la tierra, Dios y yo mismo.



“Darse a Dios es, finalmente, querer amarlo por encima de todo, más que todo bien creado, que toda criatura racional, que todo placer de la vida”

Serviré a Jesús soberanamente como a mi único Rey, a quien tributaré todo honor y toda gloria.

Perpetuamente: siempre serviré a Jesús como Él sirvió a su Padre y ahora le sirve en la Eucaristía, como María le sirvió hasta la muerte.

Le serviré asimismo en todos los estados de mi alma, lo mismo en el consuelo como en la desolación, en la alegría como en la tristeza, en la fuerza como en la debilidad, lo mismo estando enfermo que sano, puesto que Dios es siempre el mismo, tan bueno, amable y adorable en un estado como en otro.

Le serviré con fidelidad en todas las pruebas que le plazca enviarme según su misericordia y le amaré a Él más que mi pena o alegría, más que sus dones o sus gracias, más que mi eterna dicha; le amaré por sí mismo.

Servirlo será mi fin

El servicio de Jesús será, por tanto, el fin de mi vida, de mi piedad y de mis virtudes, de los sacramentos que haya de recibir, de los sacrificios que tenga

que hacer: todo lo haré para ser un buen servidor de Jesús.

Nunca me quejaré de las penas que se me presenten en su servicio, cual cumple a un bueno y abnegado servidor.

Servirlo en el prójimo

El servicio de Jesús será mi fin y el motivo del servicio del prójimo. En el prójimo serviré a Jesús; a Jesús pobre, doliente y humillado veré en el prójimo, el cual será para mí como los harapos que Jesús llevaba en la pasión. En sus llagas veré las de Jesús y el abandono del Salvador en su miseria.

Servirlo será mi felicidad

El mejor servicio de Jesús será mi contento y mi felicidad. En verle más honrado, mejor servido y bien amado, consiste mi dicha.

Repetiré incesantemente esta hermosa sentencia: “Para vos, dulce Jesús mío, el honor, la gloria y el amor; para mí el desprecio, la humillación y el olvido”. (Adaptación)



Jesús, mi regia ley

Invitación a pensar en Jesús y conocer su juicio, aspirando a complacerlo y evitando todo lo que le desagrada.

Cual es el amor, tal es la vida.

Si Jesús es mi amor soberano, mi amor final, debe ser la suprema ley de mi vida. El corazón es el rey del hombre.

El pensamiento es la llama del amor; la luz de la llama forma la palabra del amor y el calor constituye su poder de acción.

¡Oh, venturosa el alma que vive de amor divino, pues vive de la misma vida de Dios! Dios es todo su amor. Tal es la vida de las tres divinas personas entre sí, la de los ángeles y santos en el cielo.

Mas ¿cuál será la ley de esta vida de amor divino?

Primera regla de amor

La primera regla del amor es hacer amable y sabroso el pensamiento de Jesús.

El pensamiento sigue al amor y lo alienta: cuanto mayor sea éste, tanto más frecuente y habitual es el pensamiento de Jesús; pues el amor mora, no en sí mismo, lo que sería una cárcel, un calabozo, sino en el objeto adorado de su amor. ¿Cuál es la naturaleza de mis pensamientos? ¿A dónde se dirigen instintivamente? ¿En qué, en quién pienso de modo habitual? ¿Se dirige mi pensamiento como naturalmente hacia Jesús? ¿Se siente feliz al recordar a Jesús? ¿Corre en pos del amado? He ahí la verdadera brújula de la vida.

En este punto, ¡cuánta humillación, cuánto olvido e indiferencia para Jesús!

Dos pensamientos me hacen falta para llegar al de Jesús: el del deber y el del temor. Debo pensar en Jesús; es preciso que una cosa exterior me lo recuerde y que hasta el mismo demonio me obligue a ello.

¡Ay de mí! ¿Será que no le amo con todo mi corazón?

Segunda regla de amor

La segunda regla del amor es ser soberana e inflexible ley de nuestro juicio. El amor forma el juicio práctico de la vida. La orden, así del combate como del deber y del placer, del corazón parte por lo común. El niño juzga primero como su madre; después, como su padre, y, por fin, como su amo.

El juicio de Jesús, verdadero Salomón, debe ser mi mayor preocupación y el objeto principal de estudio por cuanto es el único cierto, infalible y divino. Todos los juicios humanos, opuestos al de Jesús, no son más que error y mentira; la luz del sol eclipsa todas las demás luces.

¿Cómo conoceré el juicio de Jesús? Primero por el evangelio; por eso tengo que leerlo y buscar y meditar en él la manera cómo Jesús juzgaba de las cosas.

Lo conoceré también consultando su gracia en mí, en la práctica de mis



deberes personales y de mis relaciones con el prójimo. Todo juicio debe ser expresión de la verdad en forma de humildad y con espíritu de caridad.

Será, pues, Jesús mi suprema ley. A Él le consultaré en todo y no a mi amor propio, ni al sentimiento del mundo ni al deseo de las pasiones.

¿Por qué me he equivocado tantas veces? Porque no consultaba a Jesús. ¿Por qué he desvariado en mis pensamientos? Por no pensar en Jesús ni amar en Él.

No ha de ser así en adelante, Dios Rey mío: te lo juro por mi corazón...

El amor divino no vive para sí mismo ni en sí, sino en Jesús. El foco no guarda la llama que produce, sino que la arroja para que irradie.

El amor divino tiene dos aspiraciones habituales hacia Jesús.


Primera aspiración

Consiste la primera en tratar de complacer en todo al amado Jesús.

Para ello el alma amante procura averiguar lo que le agrada, ama o desea; y no bien lo ha averiguado o tan sólo presentido, cuando va, corre y vuela a hacerlo. En tratándose de lo que gusta a Jesús, o desea Él, no le cuesta nada, ni hay cosa alguna que la pare, por cuanto su mayor gusto consiste en dar gusto a Jesús. El quedarse Jesús contento será su suprema recompensa.

Segunda aspiración

La segunda aspiración del amor es evitar escrupulosamente todo lo



“El pensamiento es la llama del amor; la luz de la llama forma la palabra del amor y el calor constituye su poder de acción”.

que desagrade al Amado del alma. Cosa delicada es la amistad: el menor soplo extraño basta para empañarla; es la quietud y la pureza del agua viva que sirve de espejo al Dios del cielo.

La amistad habla poco, o mejor dicho, habla con todos los sentidos y con todos los sentimientos; una mirada, un ademán, una negligencia, un olvido, una preferencia basta para herir la amistad más viva y sólida.

Jesús se llama un Dios celoso; quiere todo el corazón y sólo quiere reinar sobre el trono de los afectos.

Debe, por tanto, un alma amante precaverse contra toda división del corazón y vigilar con el mayor cuidado para que nada haya en sus pensamientos, afectos y actos que desagrade a Jesús.

Que nada más que el pensar ofenderle, serle infiel o cometer voluntariamente el menor pecado, le subleve.



¿Crees en el Hijo de Dios?

Si la pregunta fuera para tí, qué dirías.



¿Por qué tu fe en el Hijo de Dios no te lleva a adorarlo no sólo con tu boca y con tu cabeza, sino con tu corazón y tus obras?

Me veo tratado por muchos de mis bautizados y hasta de mis preferidos de modo tan distinto de cómo debe ser tratado el Hijo de Dios, que ha lugar a que les vuelva a preguntar como a aquel cieguecito de Siloé que, después de curado, no sabía quién era el hombre aquel que le había devuelto la vista: ¿Tú crees en el Hijo de Dios?

Pero con esta gran diferencia: que el ciego del milagro podía tener motivos legítimos para no conocerme, ¡ciego de nacimiento, ignorante, obligado a mendigar su sustento, sin una mano que lo hubiera traído a Mí y sin una voz caritativa que de Mí le hubiera hablado!... ¡Pero los otros, los nacidos en familias y pueblos cristianos, los agasajados por mi Corazón, los instruidos en mi Ley, éstos... deben estar enterados de quién es el hombre

aquel! ¡Y, sin embargo, ni aun como hombre me tratan!

Confesión de la boca y de la cabeza

Sí, ¡tengo tantos amigos aun no enterados de quién es el Jesús del milagro de su primera Comunión, de la serie de ellos de su seminario, del milagro de los milagros de su sacerdocio!...

Cierto que sus bocas y aun sus cabezas, me confiesan Hijo de Dios, pero ¿sus obras?, ¿sus corazones? Estas dos cosas responden de Mí como a los fariseos respondían el ciego y sus padres.

¿Dónde está Él?, preguntaban al primero, ¿en dónde está el que te ha curado? Respondía: No lo sé. ¿Quién abrió sus ojos?, preguntaban a los segundos. No lo sabemos. No sabemos... En ellos no me dolía esa respuesta porque



aún no me conocían. Pero, ¿en mis amigos?, ¿que tengan que decir con sus obras y con su corazón que no saben en dónde estoy ni quién soy?

La confesión de corazón y de obras

Porque si de corazón y de obras supieran en dónde Yo estoy, ¿me vería tan solo de sacerdotes en mis Sagrarios?, ¿me vería tan poco buscado por ellos en sus penas, en sus alegrías, en sus perplejidades, en sus luchas... en mis abandonos?...

Y si de corazón y de obras supieran quién soy, ¿me vería tan poco y tan desfiguradamente predicado, tan fríamente sentido, tan injustamente preterido... de los míos?...

¡Ah!, sacerdote, que al venir a dedicarme en este Sagrario un poco de tiempo, me estás diciendo que de corazón y de obras sabes en dónde estoy y quién soy Yo, ¿no descubres una gran espina para mi Corazón en ese desconocimiento afectivo y práctico de los míos?

¿Verdad que me sobra razón para salir al encuentro de cada uno de ellos y preguntarle: Pero ¿tú crees en el Hijo

de Dios? ¿Tú crees en tu Misa? ¿Tú crees en tu Sagrario? Y ¿no has de creer?

¡Si mejor que nadie tú sabes que en una y en otro le has visto, el que habla contigo, ése es, lo ves y te habla El mismo!...

Y si crees, ¿por qué no terminas como el ciego del milagro, creo, Señor - dijo él- y le adoró?, ¿por qué tu fe en el Hijo de Dios no te lleva a adorarle no sólo con tu boca y con tu cabeza, sino con tu corazón y tus obras?

¿Podría haber para tu vida pública y privada, de hombre y de sacerdote, y para todas las manifestaciones de tu vida y de tu persona un programa más completo y más adecuado que éste: Que todo tú y todo lo tuyo sea respuesta digna al ¿tú crees en el Hijo de Dios?

Ese programa, así cumplido, quitaría a tu vida y a tu persona la dualidad que tanto escandaliza al pueblo; haría desaparecer ese doble hombre público y privado y produciría esto sólo: un sacerdote de Jesús. ¡Con costumbres, hábitos, aficiones, porte y trato de sacerdote! ¡Hombre de Dios, siempre y en todo sacerdote!

San Manuel González/ Adaptación






Retiro de Adoradores

Del 6 al 8
de diciembre

Enciende tu amor eucarístico.
Redescubre Su presencia real.
Renueva tu manera
de adorar al Señor.

Casa Betania, La Falda, Córdoba.

 +5493815611581

www.casabetanialafalda.com.ar

Momento eucarístico hecho poesía



Poetas y escritores
cantaron su fe y
ofrecieron sus
palabras para que
nosotros podamos
decirle con ellas al
Señor Sacramentado
cuánto lo amamos.

Oraciones de adoración

Oh saludable Hostia
Que abres la puerta del cielo:
en los ataques del enemigo
danos fuerza,
concédenos tu auxilio.
Al Señor Uno y Trino
se atribuye eterna gloria:
y El, vida sin término
nos otorgue en la Patria. Amén.

Señor mío Jesucristo, conózcame a mí
y que te conozca a Ti.
Nada desee fuera de Ti. Aborrézcame
a mí y que te ame a Ti.
Haga todas las cosas por Ti.
Humílleme a mí
y que te ensalce a Ti.
Nada piense fuera de Ti.
Mortifíqueme a mí y viva en Ti. Reci-
ba todo lo que venga
como de Ti.
Persígame a mí y siempre anhele se-
guirte a Ti.
Huya de mí y que te tema a Ti.
Desconfíe de mí y confíe en Ti.
Quiera obedecer por Ti.
A nada me apegue sino a Ti, y sea po-
bre por Ti.
Mírame para que te ame.
Llámame para que te vea.
Y para que eternamente
se goce. Amén. San Agustín

Jesús, vengo a adorarte

Toma Señor y recibe toda mi libertad, mi
memoria, mi entendimiento y toda mi
voluntad, todo mi haber y mi poseer; Vos
me lo distes, a Vos, Señor, lo torno; todo
es tuyo, dispón de ello conforme a tu vo-
luntad; dame Tu amor y gracia, que ésta
me basta. San Ignacio de Loyola

A Jesús Eucaristía

Te adoro, oh Divino Jesús, vivo y pre-
sente en la Eucaristía, tesoro inagota-
ble de los dones celestiales; manantial
universal de donde emana y se difun-
de en la Iglesia y en las almas el bien,
la luz, las virtudes, la felicidad, la ben-
dición, la perfección y todo lo puro,
bello y santo.

En virtud de esta admirable plenitud,
dígnate responder a mis humildes sú-
plicas, aparta de mi alma y de mi cuer-
po los peligros a que están expuestos, y
concédeme la gracia que urgentemente
necesito. Con confianza inquebranta-
ble te pido y, a cambio de tus benefi-
cios, me ofrezco sin reservas para amar-
te, servirte y glorificarte en el adorable
Sacramento de la Eucaristía. Amén.
San Pedro Julián Eymard



Santo del mes: 2 de Agosto, san Pedro Julián Eymard

Precursor del reino eucarístico

Conocido como el Apóstol de la Eucaristía, san Pedro Julián Eymard fundó dos congregaciones religiosas para la adoración perpetua del Santísimo Sacramento.



Nacido en 1811 en el norte de Francia, este santo fue ordenado sacerdote en su diócesis natal a la edad de 23 años.

Fundó la Congregación de los Sacerdotes del Santísimo Sacramento, en París en 1856. También fundó una Tercera Orden de adoración del Santísimo Sacramento para los laicos. Además de las dos congregaciones religiosas para la adoración perpetua del Santísimo Sacramento, dejó numerosos escritos sobre la espiritualidad eucarística.

San Pedro Julián Eymard murió el 1 de agosto de 1868, a la edad de 57 años. En 1925 fue beatificado por el Papa Pío XI, siendo canonizado en 1962 por el Papa Juan XXIII.

Frases de Pedro Julián Eymard para meditar

- La Eucaristía es la manifestación suprema del amor de Jesús: después de ella no hay nada más que el Cielo.
- Que la confianza, la simplicidad y el amor os lleven a la adoración.
- Lo que da miedo, hoy en día, es ver a Jesús-Eucaristía abandonado en cada ciudad, solo, absolutamente solo.
- La Eucaristía debe incendiar el mundo entero y los incendiarios de este fuego eucarístico son todos los que aman a Jesús.



Jesús está con nosotros y, mientras haya un solo adorador, estará allí para protegerlo.

- ¡Qué hermosa custodia es María!
¡Custodia fabricada con esmero por el
Espíritu Santo!

- En la imposibilidad de amar a Jesús Sacramentado como se merece, invoca la ayuda del Ángel de la Guarda, fiel compañero de tu vida. Le será tan grato hacer, de ahora en adelante, contigo, lo que debe hacer, eternamente, en la gloria.

- Si no aman a Nuestro Señor en la Eucaristía, es porque no lo conocen lo suficiente.

- Jesús, por lo tanto, está con nosotros y, mientras haya un solo adorador, estará allí para protegerlo. ¡Aquí está el secreto de la longevidad de la Iglesia!

- Pocos, muy pocos aman a Jesús en el Santísimo Sacramento, ¿cuántos

piensan en él, hablan de él, lo adoran, lo reciben?

- Queriendo unirse con cada una de nuestras almas, (Jesús) instituyó la Eucaristía, donde, diariamente, se celebran sus bodas con el alma cristiana.

- Quien vive con Jesús en sí, de Jesús y por Jesús, es tabernáculo, copón precioso.

- Ve la hora de adoración que has escogido como una hora del paraíso: ve como se fueras al cielo, al banquete divino, y esta hora será deseada, saludada con felicidad. Retén dulcemente el deseo en tu corazón. Dí: Dentro de cuatro horas, dentro de dos horas, dentro de una hora iré a la audiencia de gracia y de amor de Nuestro Señor. Él me ha invitado, me espera, me desea. (Fuente: Gaudium Press)